

El Espejo de Diana

Beatriz Rodríguez



El Espejo de Diana

Beatriz Rodríguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 1970 / 93 272 0447.

© Beatriz Rodríguez, 2024
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunwerk@lunwerk.com
www.lunwerk.com
www.instagram.com/lunwerk
www.x.com/Lunwerklibros
www.facebook.com/lunwerk

Diseño y maquetación: Lunwerk, 2024

Primera edición: octubre de 2024
Depósito legal: B. 11.998-2024
ISBN: 978-84-10378-09-4
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España



Ciencia de hembra

No temo a las tormentas que me desbordan ni a la sequía que me desvanece. No temo a las madrugadas que me hielan de enero a marzo ni al calor que en agosto enfanga mis entrañas. La lluvia del otoño compensa el letargo del verano; mi paisaje cambia bruscamente de invierno a primavera. A veces la oscuridad de mis profundidades me abrumba y a veces las montañas y el cielo me convierten en su espejo. No temo a los cambios de la naturaleza ni a mi carácter predecible. Si a algo debo temer, más que a las manadas de animales que beben mis aguas, a la geografía hosca por la que me deslizo, a las gigantes cascas que se comen mis raíces; si a algo debo temer sin descanso es a los hombres y mujeres que ocupan mis laderas, creadores de un ruido pertinaz que solo puedo descifrar bajo la forma de sus meditaciones. Entonces me alcanzan nítidas sus cábalas sobre el poder, la verdad de sus movimientos cuando encuentran o buscan la soledad, las envidias o deseos que les hacen caer, hasta que un día, como ha ocurrido hoy, llega un extraño sigilo y dejo de oír el murmullo de la desazón humana. El silencio parece esculpir de sosiego mi superficie. Nadie hace, dice, piensa o lamenta nada en los alrededores de mis orillas, y hay un vaticinio o ilusión de un tiempo sin tiempo en el que la naturaleza se observa a sí misma.

Lo último que se ha oído han sido las ruedas del carromato alejarse por el camino de cipreses. Cada vez que chocaba

con una piedra todo se tambaleaba, augurando la temida caída, pero los han atado bien y apenas miraban hacia atrás para ver si seguían en su sitio. Diana iba tumbada en su moisés, también en la parte de atrás, ella sí parecía temer que alguno de aquellos bultos le cayera encima, especialmente el sillón de parto de la bisabuela Felisa que Alejandra se ha empeñado en cargar. Han tenido que hacer una cruz con las cuerdas entre sus patas e ir pasándolas por debajo del carromato, para asegurarlas después con los nudos marineros que le enseñó a hacer Pedro Rengel hace muchos años. Él habría entendido el empeño de Alejandra por llevarse aquel recuerdo de su abuela, un trasto enorme que siempre estuvo deambulando por la Casa Acosta, testigo ecuánime de una familia que siempre encontró más quebrantos que gozos. La propia Felisa no entendería por qué su nieta debía seguir cargando con esa herencia familiar que en muchas ocasiones ella misma aborreció.

Si le preguntáis al viento, os contará que aquel sillón llegó a El Espejo de Diana del mismo modo que ahora se va, atado a un carromato. Si me preguntáis a mí, os diré que ya entonces los pensamientos de Felisa se debatían entre el apego y el odio hacia aquel objeto que estaba en su vida desde que nació. Su propia madre la parió en él.

Ella fue la que le enseñó los conocimientos necesarios para dominar la ciencia de hembra, pero el oficio de partera lo aprendió con la práctica. Era a lo que se dedicaban las mujeres de su familia, algo que formaba parte de su entendimiento, sin elección ni vocación. Partear era lo que ellas hacían, y hasta entonces no les había ido del todo mal, aunque a su bisabuela le prohibieran ejercer la profesión en la ciudad, donde tenían una casa y una vida. Felisa apenas se acordaba de aquellos días, pero su madre y su abuela no olvidaban la imagen de Juana la partera descalza y con el capirote en la

puerta de la iglesia, y se empeñaban en impregnar de miedo la memoria de aquellos tiempos, condicionando el carácter de Felisa con la lógica del recato.

Juana, la bisabuela de Felisa, había enseñado su ciencia a muchas mujeres y a algunos hombres que ahora lo negaban. Su fama en la ciudad era tan extensa que había cobrado muy bien en casas con dinero, y fue precisamente un médico, a quien ella asistió en varios partos difíciles, el que la acusó de usar fórceps, un instrumento que ahorrraba muchas muertes, pero que las matronas tenían prohibido usar, pues requería de una pericia que, afirmaban los hombres, las mujeres no poseían. Incluso, años después, se correría la voz de unas parteras a otras del uso peligroso que estaban haciendo aquellos doctores del aparato de extracción para justificar su presencia en los nacimientos.

Esto fue, según aseguraba su abuela, el principio de su desprestigio, pues en aquella época los médicos empezaron a tener acceso a los libros que unos y otros habían escrito gracias a los conocimientos de las parteras, y salieron varias leyes que endurecían las medidas para que ellas pudieran ejercer.

Entendieron los hombres de ciencia que aquellas mujeres estaban usurpando un negocio que no les correspondía, aunque todo lo que ellos habían aprendido fuera gracias al conocimiento de las brujas. Así las llamaban en algunos sitios y de eso acusaron a Juana la partera, pues al uso ilícito de material quirúrgico se sumaron los dudosos preparados de hierbas curativas, analgésicos, tranquilizantes y digestivos que, según Juana, cualquier sabia conocía.

También la acusaron de practicar la partería a cristianas viejas siendo su origen dudoso, y uno de los motivos que dieron para esta duda sobre su judaísmo fue el rechazo a llamar a sus hijas por el nombre de sus predecesoras, pues se decía

que los judíos se negaban a ponerle el nombre de alguien vivo de la familia a un recién nacido. Juana la partera llamó a su hija Felisa, y nunca supieron las sucesoras cuáles fueron sus verdaderos nombres de bautismo, pues después de aquello consiguieron cambiar los dos también por el de Felisa para disipar aquella absurda creencia. Lo único que sabía la más joven de la familia era que ni ella ni su madre se llamaban realmente así.

A Juana le prohibieron volver a ejercer su oficio y la obligaron a abandonar la ciudad. No se sobrepuso a la pena de aquel castigo y murió poco tiempo después, dejando solas a las tres Felisas en un oficio que a partir de entonces sería nómada y discreto.

—La partera ha de ser prudente —le dijo su madre la primera vez que hizo de tenedora en un parto.

Tenía que sujetar a la parturienta intentando que no se inclinara hacia delante, mientras esta se agarraba a las asas del sillón para ayudarse en el empuje. Su abuela asistía a la mujer sentada en un pequeño taburete de patas tan cortas que casi parecía tener el trasero en el suelo. Solo hablaba ella, con serenidad y vehemencia, concentrada en cada segundo que pasaba. Con suavidad le tocaba la barriga y, sin cambiar de tono, la avisaba, ahí viene de nuevo, y la parturienta sabía que tenía que empujar. Entonces comenzaba el gemido ahogado, y durante unos segundos el silencio de todo el ritual parecía adquirir un sentido purificador.

Felisa recordaba esos gritos desde que era una niña. La dejaban estar por allí para que se familiarizase con el dolor y aprendiera a no compadecerse ni sufriera con ellas. La compasión no servía para nada más que para desatender sus labores y olvidarse de lo importante, que era la posición del feto

durante ese recorrido inefable que lo llevaba de la oscuridad a la luz.

Pero aquel día que se estrenaba oficialmente como tene-dora sí que hubo algo que la desconcentró: los inciensos de mirra y vainilla quemados durante horas no fueron suficientes para aliviar la peste que aquella habitación concentraba a causa de las heces de la parturienta. En los descansos entre empujones su abuela ordenaba sacar el cubo que había justo debajo de la silla, alineado con el hueco en forma de herradura que tenía el asiento, y traerlo vacío lo antes posible, faena que su madre hacía con secreto y diligencia para no distraer a la parturienta con pudores innecesarios. Felisa no pudo evitar las arcadas ante la tarea que le encomendaron en esa ocasión a ella, e incluso se le escapó algún «qué asco» que casi le vale la expulsión de la alcoba. Aunque no sumaba los doce años, ni su madre ni su abuela fueron indulgentes con el descuido y empezaron a darle una infusión de láudano antes de cada parto, acompañada de aquella frase de su madre:

—La partera ha de ser discreta.

Felisa entendió años después que aquel requerimiento indispensable no solo afectaba al rigor con el que cada acto de su oficio debía contar, tanto para salvaguardar la confianza de las mujeres como para ocultar sus conocimientos a los hombres, temerosos de aquel arte desde hacía siglos. También entendió la joven Felisa, más pronto que tarde, que la discreción era una de las formas con las que el mundo había conseguido que las mujeres permanecieran ocultas, pero ya entonces le tenía más aprecio al láudano que a la vida y los dolores del alma apenas rozaban su ánimo con intrascendencia.

Curiosamente, aquel medido estado de embriaguez con el que se enfrentaba a los partos hacía que afloraran algunos aspectos de su carácter muy propicios para esos momentos.

Pese a la actitud altiva con la que se desenvolvía en el mundo desde bien pequeña, Felisa tenía la capacidad de observar sus aciertos y sus faltas no como logros y fallos, sino como peldaños hacia un conocimiento consolidado sobre el oficio, basado en la observación de sus progenitoras y en la intuición. No tenía una voluntad especialmente indagadora, ni le interesaban la botánica, más allá de los preparados con belladona y cornezuelo, o los remedios básicos para deshacer embarazos, pero sí confianza en su capacidad para la experimentación.

Nunca supieron ni su madre ni su abuela si la causa de aquella pereza que la acompañaba fue la temprana afición al láudano que ellas mismas incentivaron, pero tampoco antes de aquello habían observado que fuese especialmente trabajadora o dispuesta; tal vez por eso lo que más le encargaban era preparar la habitación de la parturienta para protegerla. Además de limpiar el recinto, le gustaba arreglar la ropa de cama, mantener las velas encendidas y las medallas, escapularios y demás devociones adecuadamente distribuidas. Todos estos movimientos los acometía muy despacio, con una concentración que a veces parecía mantenerla en un extraño trance, pero les demostró tener dotes intuitivas y ser diligente si le gustaba la tarea.

Algunos meses después del incidente con el cubo de heces, su abuela le pidió que se encargara ella de asir el muñeco a la parturienta, y cuando la mujer a la que asistían empezó a tener dolores regulares y poco espaciados, la niña le ató al abdomen un cojín que usaban durante la expulsión e iban apretando poco a poco hasta sujetarlo, como si fuera una especie de corsé, una vez que el feto había salido.

No fue hasta un año después que aprendió a colocar el útero en su sitio después del parto, una de las cosas por las que las mujeres las llamaban a ellas de un pueblo a otro, pues

no todas las médicas sabían hacer bien aquel doloroso masaje, imprescindible para que la mujer pudiera volver a gestar.

Su primer parto no fue difícil, aunque se le olvidó atarse el cordón del niño en el muslo, tal y como hacían su madre y su abuela, para que no se escapara del mundo de los vivos. Como no hubo más complicaciones, la dejaron que siguiera asistiendo otros menos fáciles, como el de aquellos gemelos. Cuando la parturienta hubo expulsado al primero, a Felisa se le ocurrió atarle una cinta roja en la muñeca para que no hubiera confusión, algo que no habían pensado hasta entonces y que siguieron haciendo en lo sucesivo, e incluso escucharon que algunas otras médicas los identificaban igual.

Durante algunos años la abuela de Felisa se sentaba junto a ella en algún momento del parto para hacerle preguntas sobre el estado del feto, la posición en la que venía o la temperatura de la madre. Una vez que la criatura estaba en el mundo y comprobaban que el corazón latía, también era importante saber cortar el cordón y hacer inventario de orificios para apreciar si había carencias o extraños en el físico.

La higiene y la curación de las heridas eran fundamentales para evitar infecciones cuando había desgarro. Aprovechaba para instruir a la futura madre en este punto con las preguntas que hacía a su nieta, atemorizando a las parturientas sobre el riesgo de muerte si no se aseguraban de que las heridas estuviesen limpias una vez que ellas ya no estuviesen allí, aunque la mayoría de las veces intentaban estar cerca de las madres y de sus hijos hasta que ambos cumpliesen la cuarentena. Las asesoraban sobre las mejores posturas para alimentar a los recién nacidos en función del tamaño y la forma de las mamas, o para tratar las heridas en los pezones, una de las causas de desnutrición y muerte de los niños, y de dolorosas enfermedades en las recién paridas.

Aprender que la muerte era una constante en su labor y saber cómo comportarse, sin que los ánimos del fracaso la convirtieran en una cínica, era una de las lecciones más importantes que Felisa tuvo también que aprender. La encargada de educarla en esas pasiones, cuando la pérdida del feto o de la parturienta era inminente, fue su propia madre. Pensaba su abuela que la eficaz confianza que atañe a una madre con su hija es capaz de salvar los escollos del dolor y del silencio. Sin embargo, y pese a la fortaleza que con sus conocimientos le mostraban sus progenitoras, el contacto constante con la visión de niños que nacían muertos o, aún peor, que morían horas después de haber rozado la vida, y de mujeres que se desangraban o simplemente caían extenuadas, sin respiración, a veces con los órganos prácticamente fuera, por el esfuerzo y el desgarró que les ocasionaba el intento de expulsar los fetos durante horas o días, eran imágenes que con el paso de los años crearon traumas tan invisibles como indelebles en el carácter de Felisa. Nunca asumió esa parte de su trabajo sin tener que buscar la paz que le daban sus infusiones, pero tampoco dejó de practicar su oficio, pues era lo único que había conocido.

Su abuela murió unos años después de unas fiebres desconocidas. La mujer se aisló de su hija y de su nieta en cuanto se sintió débil, asegurándoles que ella sabría curarse, y no dudaron en dejarla sola con su enfermedad, pues ambas habían aprendido todo lo que sabían de ella y poco podrían aportar. Estaban entonces asistiendo a varias recién paridas en los alrededores de una aldea, donde uno de los maridos les había prestado una choza con huerto que tenía en las lindes de la población. Solo había una estancia, así que cuando la abuela de Felisa enfermó tuvieron que separarse en dos casas distintas de dos parturientas a las que iban a atender, a varios

kilómetros una de la otra. Cada día le llevaban sopa de gallina a la abuela y se la dejaban en la puerta, tocando y esperando respuesta para cerciorarse de que la mujer recogería el caldo en cuanto se fueran.

El día que la abuela no contestó era Felisa la encargada de llevarle la comida. Estuvo una hora sin saber qué hacer, mientras pegaba la oreja intentando escuchar algo dentro de la choza, pero no se atrevió a entrar, sino que tomó el camino hacia la casa en la que estaba su madre y ambas emprendieron el de vuelta, no sabían si para asistir a una moribunda o a una muerta.

Tenía los ojos abiertos, y ambas desearon que eso fuera indicativo de una corta agonía, por el color de la piel y de los labios seguramente relacionada con la falta de aire. Algún demonio había atacado los pulmones, pues era cierto que la oyeron toser varias veces durante aquellos doce días que estuvieron dejándole la comida.

Nunca lo sabrían, pero estaban casi seguras de que aquel aislamiento las había liberado de la enfermedad, por lo que la muerte en soledad de la matriarca de aquellas médicas estuvo siempre justificada. Otra cosa serían los tormentos que acompañarían a la madre de Felisa el resto de su vida. A ella, sin embargo, no pareció afectarle demasiado, pues siguió acometiendo sus labores con el mismo halo de concentración ensimismada que le proporcionaban sus infusiones.

Continuaron juntas algunos años más, y pudo observar entonces una característica en la personalidad de su madre en la que no había reparado, pero que a raíz de la pérdida de su abuela se convirtió casi en un impedimento para la vida y para el trabajo; la madre de Felisa era una mujer regida por la pasión del miedo. Recordaba en muchas ocasiones el episodio de las torturas a la bisabuela Juana, el escarnio que hubo

en su castigo y la estrepitosa huida de su casa en la ciudad, de la que solo pudieron llevarse la vergüenza y el estigma. La dominaba el discurso del silencio y el disimulo, y en alguna ocasión esta actitud le impedía trabajar en el parto con eficacia, pues la ausencia de libertad en su manera de pensar impregnaba cada uno de sus movimientos.

Era como si la presencia de su abuela hubiera calmado durante aquellos años de peregrinación el trauma de la huida, pero también la sobreprotección bajo la que se escondió para evitar tener que tomar decisiones, algo que ocultaba imitando a la matriarca en todo lo que hacía. Descubrió Felisa que su madre era una mujer débil cuando empezó a dudar sobre todo lo que tenía que hacer durante el parto. Había un detalle del que no se había percatado siendo niña, pero que, echando la vista atrás, recordaba con cierta nitidez, la mirada escrutadora de su madre en cada decisión que tomaba buscando la aprobación de su abuela, la repetición constante de las indicaciones que esta le daba, como un eco inseguro que pretendiera adquirir autoridad por imitación y no por los méritos de su conocimiento.

Entendió Felisa en aquellos momentos que una maestra de la partería debe transmitir seguridad hasta cuando duda, pues hay una mujer que se está partiendo en dos y que pone su vida y la de su criatura en sus manos. En los trances entre la vida y la muerte, tan importantes son los conocimientos como el ambiente tranquilo y seguro que debe respirarse en el lugar del parto.

La madre de Felisa imitaba a su abuela, pero no conseguía expiar la incertidumbre con la seguridad que lo hiciera la otra, y a la que más le pesaba esa incapacidad, sin duda, era a ella misma. Consciente de estar haciendo una labor mediocre, la primera vez que una mujer murió desangrada

en sus manos le pidió a Felisa que tomara las riendas de los partos. Ella la asistiría, aunque por edad correspondía lo contrario. No había parteras en el mundo que no fueran mujeres mayores o de maternidad probada, lo cual les daba una posición similar a la de las numerosas viudas que practicaban el oficio. Tendrían que fingir que su madre seguía siendo la matrona, aunque esta empezara a buscar el beneplácito sobre cada decisión en los ojos violetas de Felisa, color que brillaba bajo las pupilas que el opio empequeñecía y que transmitía una calma absorta pero eficaz.

La última visita que hizo junto a su madre fue a una casa con tierras y dinero, y no para asistir a alguna de las mujeres que por allí trabajaban, que eran muchas y en edades fértiles, sino para ayudar en el parto a la mujer del dueño, una muchacha de dieciséis años, justo la edad que sumaba entonces Felisa.

Estuvieron allí un mes y en ningún momento se sintieron demeritadas por los señores de la casa por su condición de matronas. El motivo de su orgullo a la hora de ejercer el oficio sin sentirse criadas era la educación que habían recibido durante generaciones, antes incluso de que Juana la partera se hiciera famosa. Esto ocurría no solo por la absoluta confianza que tenían en la relevancia de su labor, aunque ningún hombre lo nombrara, sino porque sabían leer y escribir, sentarse a la mesa y arreglarse como las señoras. Así se lo habían enseñado, como parte de la superioridad que debían transmitir, para la paz y confianza de las mujeres a las que atendían y de los maridos que les pagaban.

En los pueblos y aldeas por las que peregrinaban siempre llamaban la atención, pero en una casa como aquella resultaba algo insólito. Esto, sumado a la juventud y a la extraña belleza de Felisa, con aquellos ojos de color violeta y la

mirada entre fría y distraída, despertó inevitables pasiones en el padre del recién nacido, a quien la joven partera tuvo que andar evitando durante días, lo cual provocó la previsible ira del hombre en celo, que, además, era en apariencia culto y religioso.

Muchos hombres de esta condición habían tenido alguna vez entre las manos el libro titulado *Malleus Maleficarum*, y la mala conciencia que prosiguió a la lujuria no satisfecha resolvió en la mente de aquel dueño que las médicas que estaban en su casa eran unas brujas, convencido de que estas acometían los métodos para envenenar el acto venéreo y la concepción en el vientre, «primero, inclinando los pensamientos de los hombres hacia una pasión desenfrenada. Segundo, obstruyendo su fuerza procreadora. Tercero, haciendo desaparecer los órganos adecuados para tal acto. Cuarto, transformando a los hombres en bestias con su magia. Quinto, destruyendo la facultad de procrear en las mujeres. Sexto, practicando abortos. Séptimo, ofreciendo niños al demonio, así como también otros animales y frutos de la tierra, con lo cual causan grandes males». Así lo leía una y otra vez en el libro que también denominaban *El martillo de las brujas*, hasta que terminó por creerlo y mandó llamar a algunos de los mozos que trabajaban allí para que las llevaran a las cuadras, las desnudaran y las afeitaran, pues el *Maleficarum* decía que el diablo se escondía entre los vellos de sus brujas. Las ataron a los tabiques donde colgaban los chorizos y mandaron llamar a un cura exorcista, que las azotó con el látigo hasta que confesaron ser lo que ellos decían que eran. Pagó el dueño al cura para que sacara al maléfico de su casa y para que no contara jamás lo que allí había ocurrido, pues no quería que el miedo a la presencia del diablo planeara de ninguna manera sobre su nombre.

Felisa y su madre huyeron de aquella casa una madrugada de principios de otoño. Calvas y heridas, se dirigieron hacia un lugar seguro, una comunidad de la que les habían hablado otras médicas a lo largo de sus viajes donde podrían esconderse, al menos mientras les crecía el pelo. Tal vez si alguien las hubiera visto marchar se habría percatado de que en el carromato en el que se iban seguía instalado aquel sillón de parto que bien podrían haberles quemado o hecho trizas con la misma brutalidad con que les habían levantado la piel de la espalda, pero nadie vio cómo se marchaban las parteras, y la silueta oscura del sillón se alejó con ellas cuando el alba despuntaba.

Algunos días después llegaron al bosque de sabinas cercano a mis orillas y encontraron las Cuevas donde todavía vivían algunas mujeres a las que en Aljuariz llaman sabias. Ellas las cuidaron y mandaron a Felisa hacia los pueblos cercanos, donde seguro que encontraría embarazos que asistir, pero su madre se quedó en las Cuevas. Allí se escondían las mujeres que no podían enfrentarse al mundo cárcel que los hombres habían construido para ellas.